

## CONSAGRACIÓN DE LA ARQUIDIÓCESIS DE LA HABANA DURANTE EL JUBILEO DE LOS OBISPOS

*Basílica de N. S. de la Caridad del Cobre, diciembre del 2000*

Virgen de la Caridad, Madre de todos los cubanos. A tu corazón Inmaculado confío y consagro la Arquidiócesis de La Habana. Mira a tus pies a su Arzobispo y a los obispos auxiliares que comparten conmigo la carga pastoral puesta sobre nuestros hombros, en nombre de Jesucristo, por el Papa Juan Pablo II. En nuestros corazones traemos ante ti a los sacerdotes diocesanos y religiosos que, en el único presbiterio, son los colaboradores abnegados del orden episcopal. Varios de ellos, ya ancianos, han gastado gozosamente su vida al servicio de tu Iglesia. Es el presbiterio más numeroso de Cuba, pero también aquel en el que hay mayor número de enfermos e impedidos para el ministerio. Especialmente a esos sacerdotes, Madre de la Caridad, Madre amorosa de los sacerdotes, los entrego a tu corazón maternal. Con ellos, a los diáconos y sus familias, a los religiosos y religiosas, tanto aquellos que dan sus primeros pasos en la vida consagrada como los que han dado prueba de entrega y de fidelidad en largos años de trabajo asistencial, educacional y pastoral, enriqueciendo la Iglesia Arquidiocesana con su don total, Cristo. De modo especial quiero ofrecerte el don que han hecho de sus vidas en la Arquidiócesis de La Habana tantos sacerdotes, religiosos y religiosas venidos de distintos países del mundo, a servir a este pueblo cubano que tanto tú amas. La gratitud del obispo se hace ahora oración a tus pies, María de la Caridad.

Quiero consagrar a tu corazón inmaculado a los seminaristas de la Arquidiócesis de La Habana. Prepáralos tú, como preparaste el pesebre de Belén de modo que Cristo Eucaristía pueda hacerse vivo y presente en sus manos consagradas y que sea acogido y anunciado por verdaderos corazones sacerdotales. Protege, Madre, a los jóvenes sacerdotes. Despierta en los corazones de muchos jóvenes y de muchas jóvenes el deseo de consagrar sus vidas a Cristo en el sacerdocio o en la vida religiosa.

A tu corazón virginal y maternal quiero consagrar a nuestros muchachos y muchachas. Concédeles a ellos y ellas la belleza de la castidad y el amor a la vida. Traigo ante ti a las familias, a los jóvenes esposos. Que sean promotores de la vida y defensores de ella desde el seno materno hasta el último suspiro de los enfermos y ancianos. Mantén unida la familia, fortalece a los esposos y las esposas para que se guarden mutua fidelidad y crezcan en el amor y transmitan amorosamente el gozo de la fe a sus hijos e hijas.

Cuida a los enfermos y a los ancianos. Que tu caridad y la de tu Iglesia ayude a los pobres. Son muchos en la Arquidiócesis, vienen de toda Cuba, buscando mejores oportunidades, viven en condiciones precarias y, a veces, experimentan la incomprensión de sus hermanos cubanos. Madre de todos los cubanos, que tus hijos que viven en La Habana, o llegan a La Habana, se traten como hermanos.

En nuestra Arquidiócesis está la capital de la nación, la sede del gobierno del país y sus instituciones más altas. Queremos, Madre de todos los cubanos, que tú inspires los pensamientos y decisiones de quienes gobiernan, para que todo cuanto se establezca o realice por las más altas instancias de la nación cubana sirva al bienestar, a la justicia, a la libertad, a la responsabilidad y a la solidaridad en el seno del pueblo cubano que tú llevas en tu corazón de Reina y Madre.

Te ofrezco la religiosidad conmovedora del pueblo habanero que te venera, Virgen de la Caridad. Nuestra Iglesia tiene que anunciarles a ellos que Jesucristo, tu Hijo, es el único Salvador. No dejes que permanezcan en una religiosidad elemental, mezclada a veces de creencias precristianas. Sabemos que tú aceptas el homenaje de los pobres que no tienen otro medio de expresar su fe y robustecer sus esperanzas; pero ayúdanos en los esfuerzos misioneros para que el evangelio purifique esa fe y no sea utilizada con motivaciones económicas, o de cualquier otro orden, violentando la simplicidad y la buena voluntad de muchos.

Te ofrezco, Madre, para que las tengas en tu corazón, nuestras parroquias, iglesias, capillas y casas de oración de La Habana, cuyo número no cesa de crecer. Bendice a todos los creyentes, se tú la madre callada de los cristianos que creen en tu Hijo, pero no mencionan tu dulce nombre. Recibe en tu regazo maternal a los no creyentes y a cuantos ignoran o desprecian a la Iglesia. Que todos nos llevemos como hermanos para que se cumpla el mandato del amor que tu Hijo nos confió, sin olvidar a los que viven fuera de la Patria, hijos tuyos y hermanos nuestros. A todos los que tienen su raíz o su lugar de llegada en nuestra amada Arquidiócesis de La Habana y a la Iglesia que peregrina allí hacia el Padre, confío a tu inmaculado corazón para que todos consagremos nuestro ser a la alabanza y gloria de tu Hijo y Señor nuestro Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.